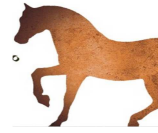




BORJA RODRÍGUEZ

LA HERMOSA JARIFA

VERSIÓN Y DRAMATURGIA | A PARTIR DE LA OBRA DE A. DE VILLEGAS HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y DE LA
HERMOSA JARIFA, EL ROMANCERO POPULAR Y OTRAS VOCES



“Las historias han de ser primero simples,
para poder ser luego complejas.”

(Aristóteles –Poética–)

Para Yair,
nuevo compañero de clase.



PRÓLOGO

ESCENA CERO

Dos personas, al principio unidas, despiertan y dialogan entre sí con el lenguaje de sus manos y de sus cuerpos, mientras la música sale al encuentro de lo que serían sus palabras.

Página | 2

NARRACIÓN

(Un ánima tilila sobre el oscuro y nos da luz. Una hermosa mujer se dirige al auditorio, parece tener el eco de los cuentos milenarios. Va prendiendo más ánimas mientras nos habla.)

MUJER (JARIFA):

Este es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje, Jarifa, su padre y el rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo, los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente, así la virtud en cualquier dañado sujeto que asiente, resplandece y muestra sus accidentes, bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que, cayendo en la buena tierra, se acrecienta, y en la mala se pierde.

(Los instrumentos comienzan a conjurar suavemente la caída del sol por los campos de Al Ándalus.)

(Descubrimos, entre las teas, varias presencias humanas, que van a destacar una. Le llevan al centro de la escena y comienzan a pertrecharle para el relato: cinto, espada, daga... Otra figura se destaca y comienza la narración.



HOMBRE:

En el tiempo que reinaba
El Infante don Fernando,
Que del reino de Aragón
Fue después Rey coronado,
En España residía
Un caballero esforzado,
Que Rodrigo de Narváez
Fue de su nombre llamado,
Que a todos los de su tiempo
En valor se ha aventajado;
Y entre las cosas que hizo
Adonde más le ha mostrado,
Fue cuando ganó a Antequera
El Infante ya nombrado;
Y así, de Alora y de ella
Por alcaide le han dejado,
Donde estuvo mucho tiempo
Con algunos hijosdalgo,
Muy valerosas empresas
Contra moros acabando.

MUJER:

Dice pues el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Éste, peleando contra moros, hizo cosas de mucho valor y esfuerzo, lo que le valió ser alcalde de Álor y Antequera. Pero el relato se deshace si no desgrana la noche sobre espesos olivares, que es ya tarde y aquí viene, esperando la suerte de un moro, el notable.



(La percusión se desboca dando paso a la
escena.)

UNO

CRISTIANOS EN FRONTERA

Página | 4

SOLDADO UNO:

Al campo sale Narváez,
Vasallo del Rey de España
Y alcaide de Antequera,
Con ilustre acompañada;
Todos a punto de guerra,
De gran nombradía y fama,
Salen por topar los moros
Haciendo alguna emboscada:

(Los soldados se distribuyen al acecho. La
percusión es sólo un latido.)

SOLDADO DOS:

La media noche sería
la tierra en silencio estaba...

(Silencio.)

SOLDADO DOS:

Narváez se sube al otero,
De allí la luna miraba.

(Narváez ha subido y desde allí contempla la luna.)

NARVÁEZ:

Tan clara estaba y serena,
Que de verla me admiraba.



La noche parece día,
Según el cielo mostraba;

SOLDADO TRES:

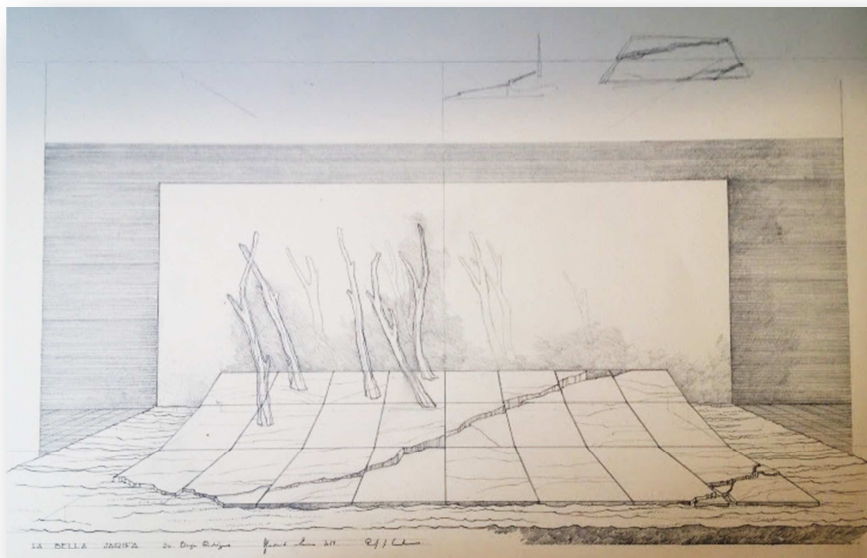
¡El camino por donde iban
En dos caminos se aparta!

NARVÁEZ:

(Sonríe fiero. Saca su daga.)

¡Teneos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente!

(Narváez, desde lo alto, lanza la daga que clava en la tierra. Un relincho nos hace estremecer, pues comprendemos que el caballo ha sido herido y su jinete se descabalga de bruces sobre la escena. Es el moro Abindarráez, que enseguida busca refugio. Los cristianos lo persiguen. No hay escapatoria: ya todo es tiempo presente. El corazón de la percusión marca otro ritmo.)





EMBOSCADA. PERSECUCIÓN.

Página | 6



(Entre el bosque de olivos vemos una gran persecución que termina en una lucha cuerpo a cuerpo. Son diez ¡cien! ¡Mil contra uno! Narváez se desenvuelve magistralmente en la lucha. Mejor Abindarráez.)

(Lo acorralan.)

NARVÁEZ:

Vive Dios que morirás.

ABINDARRÁEZ:

¡Vive, sí!

Pero no será éste.

(Salta, gatea, trepa.

Consigue huir del círculo y desaparece.

La escena queda vacía.)

NARVÁEZ:

¿Abandonas?

ABINDARRÁEZ:

No hoy.

(Vuelve a aparecer. Lucha y desaparece.)

NARVÁEZ:

¿Estás ahí?

ABINDARRÁEZ:

(Apareciendo a la espalda, ha burlado a todos.)

Eso me parece a mí,



Con que vos diréis.

(Lucha con dos y vuelve a desaparecer.)

La escena vuelve a quedar en silencio.)

NARVÁEZ:

Página | 7

¿Huyes?

(Nadie contesta. Los soldados caminan hacia atrás.)

¡¿Huyes?!

(Aparece.)

ABINDARRÁEZ:

¿Acaso me ves?

NARVÁEZ:

¡Ahí!

ABINDARRÁEZ:

Pues ya no me ves.

(Desaparece.)

ABINDARRÁEZ:

¿Me ves?

(Quedan enfrentados.)

NARVÁEZ:

Triste imagen.

ABINDARRÁEZ:

La de la muerte es.

NARVÁEZ:

¡Tráela aquí!

ABINDARRÁEZ:

¡Deshazla



Si puedes!

NARVÁEZ:

A ello voy.

(Saca su espada.) Página | 8

(Un soldado hiere por la espalda a Abindarráez con la daga que Narváez clavó en el suelo, a traición; no obstante éste se te zafa y degolla allí mismo al traidor.)

NARVÁEZ:

¡No! ¡Así no!

¡Con honor!

¡No es justicia! ¡Quietos!

Dejad que se defienda a cuerpo.

¡Con honor!

Me corresponde a mí.

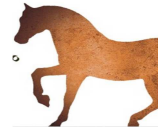
¡Me corresponde a mí!

(Tira su espada a tierra. Abindarráez hace lo mismo. Hince la rodilla en tierra y se duele de la herida. Tiene sangre.)

ABINDARRÁEZ:

Aquí me tienes.

(Narváez y Abindarráez luchan, pero las fuerzas del moro están diezmadas por la herida traidora y, finalmente, cae preso. Lo sujetan los dos únicos soldados que quedan sanos.)



NARVÁEZ:

Caballero, date por vencido; si no, habré de matarte.

ABINDARRÁEZ:

Caballero (...)

Página | 9

(Dicho esto, Abindarráez se desmaya.)

NARVÁEZ:

Soltadle.

(Los soldados lo dejan en el suelo.)

(Abindarráez recobra el conocimiento –
si es que lo había perdido-y lo aprovecha para
escapar, ser apresado, luchar con los dos soldados,
vencer y volver a caer preso frente la espada de
Narváez, quien no da crédito ante la voluntad y
maestría de su adversario.)

(Quedan solos Narváez y Abindarráez, éste
bastante herido.)

NARVÁEZ:

Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho
de la libertad.

(Abindarráez trata nuevamente de huir,
pero es frenado por Narváez. Sus fuerzas van
llegando, visiblemente, al final.)

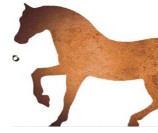
¡Qué os hace ser tan tozudo!

(Abindarráez se retuerce.)

ABINDARRÁEZ:

¡La tozudez! ¡Qué ha de ser!

(Siguen luchando. Abindarráez se resiste
inhumanamente.)



NARVÁEZ:

Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder, porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna;

(Un último quiebro desbaratado por el cristiano.)

Página | 10

¡Y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé ahora tan mala!

(Abindarráez vence el gesto y se derrumba en tierra.)

(Silencio.)

ABINDARRÁEZ:

Matadme pues.

Aquí acaba la jornada.

(Narváez se separa un momento.)

ABINDARRÁEZ:

Matarme bien podrás, que en tu poder me tienes, mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció.

(Y Abindarráez le muestra en las manos la sangre de la herida.)

Y no fuisteis vos, que sois caballero, sino una traición.

(Narváez comprende. Da una vuelta en torno al reo, baja su espada. Está extenuado.)

NARVÁEZ:

Luchasteis con valentía, con honor,

os defendisteis y vencisteis a mis hombres en desigual lance.

Nunca vi tamaña voluntad

¿Qué os hizo ser tan fuerte?



ABINDARRÁEZ:

La fuerza.

NARVÁEZ:

¿Tan vivo?!

Página | 11

ABINDARRÁEZ:

La vida.

NARVÁEZ:

¿La vida dijisteis?

ABINDARRÁEZ:

También “ella”.

(Silencio. Narváez mira fijamente al moro.)

NARVÁEZ:

Ah... “Ella”

¿”También Ella”?

(Abindarráez asiente.)

¿Su nombre?

(Abindarráez mira el cielo de noche.)

ABINDARRÁEZ:

Jarifa.

(Narváez se acerca a Abindarráez,
creemos que va a matarle, pero le golpea en la
cabeza con la empuñadura de su espada, dejándole
sin sentido.)

(OSCURO.)





(Entonces Abindarráez, en su desmayo,
soñaría con esta música en el camino de Álor; y si
la música tuviera palabras, serían muy semejantes
a estas:)

Mal herido Abindarráez
Se sale de una batalla,
Y preso, que es lo peor;
Y lo que más estimaba,
No por verse de un cristiano
Sobrado lanza por lanza,
Mas por no poder cumplir
A Jarifa su palabra.
Solo va en medio de todos
Los que el alcalde llevaba,
Muy triste y muy pensativo,
Y la cabeza abajada.
Suspira de rato en rato,
Y entre sí él se quejaba:
-¿hasta cuándo, di, fortuna,
Has de estar conmigo airada?
Acaba ya, si quieres;
Mira que no tengo nada,
Que no es honra en cuerpo muerto,
Como dicen, dar lanzada.
Jarifa, señora mía,
Mal nos fue en esta batalla,
Pues tú pierdes tu cautivo,

Yo mi gloria deseada.
No esperes, porque si esperas
Estarás desesperada,
Esperando a quien no espera,
Que se acabó su esperanza.
¡Ay de mí, triste cautivo,
Ay, que se me arranca el alma!

Diciendo esto dio un suspiro,
Y los ojos se alimpiaba.
El alcaide, que es discreto,
Y la noche hacía clara,
Iba notando del moro
La tristeza que llevaba,
(Y apartándole a una parte,
Supo de él toda la causa;
Y al punto le dio licencia
Con que le diese palabra
De volver a su prisión,
Esta ventura acabada;
Y el moro se fue contento
Adonde Jarifa estaba.



DOS

PRISIÓN

(Oímos el abrir y cerrar de una pesada puerta, a la que corresponde un pesado cerrojo. Por el ventanuco entran los rayos del sol y ya despierta, entre balbuceos, Abindarráez. Tres *monjitas* se han retirado de darle cuidados.)

ABINDARRÁEZ:

¡¿Quién vive?! ¡¿Quién anda ahí?!

¡¿Dónde estoy?!

(Abindarráez lo recuerda todo, al descubrir que está encadenado.)

¡oh... no!

NARVÁEZ:

Si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen.

ABINDARRÁEZ:

¡Quién es!

(También recuerda.)

¡Ay de mí, triste cautivo,

Ay, que se me arranca el alma!

NARVÁEZ:

Si suspiráis del dolor de las llagas, en lugar estáis donde seréis bien curado.

ABINDARRÁEZ:

¡Ay de mí, triste cautivo,

Ay, que se me arranca el alma!



NARVÁEZ:

Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer por remediarle lo que en mí fuere.

(“El moro, levantando el rostro que en el suelo tenía, le dijo:”)

Página | 14

ABINDARRÁEZ:

¡Ay de mí, triste cautivo,

Ay, que se me arranca el alma!

¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

NARVÁEZ:

A mí llaman Rodrigo de Narváez; soy alcalde de Antequera y Álora.

¿Quién sois vos?

ABINDARRÁEZ:

... ahora pierdo parte de mi queja... gran noticia tengo de vuestra virtud y experiencia de vuestro esfuerzo...

NARVÁEZ:

¿Quién sois? ¿Cómo os llamáis?

ABINDARRÁEZ:

¿Cuándo me cogisteis?

NARVÁEZ:

Esta noche pasada, sin llegar a despuntar el alba.

ABINDARRÁEZ:

(Aparte.)

Aún queda tiempo. Habré de ser sincero y el cielo se abrirá para que por allí me meta, pues ¿qué otra cosa puedo hacer en este agujero sin salida?

... os he de hablar dos palabras...



NARVÁEZ:

¿Tan solo dos? Creedme que han de ser más.

ABINDARRÁEZ:

Pero han de ser dos las que me sirvan de llave. La una de vuestra mazmorra y la otra de vuestra razón.

Página | 15

NARVÁEZ:

Hablad.

(“El alcaide los hizo apartar –a los escuderos- y, quedando solos, el moro, arrancando un gran suspiro, le dijo:)

ABINDARRÁEZ:

Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Álora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar el corazón de un hombre cautivo.

NARVÁEZ:

Explicaos.

ABINDARRÁEZ:

(Refiriéndose a las cadenas.)

Así me cuesta.

NARVÁEZ:

¿Queréis escaparos ya?

ABINDARRÁEZ:

No durante el relato.

NARVÁEZ:

¿Dais vuestra palabra?

ABINDARRÁEZ:

De las dos que os prometí, sea la primera.

(Narváez duda un momento, pero pronto desencadena a su prisionero.)



NARVÁEZ:

Hablad pues.

ABINDARRÁEZ:

A mí llaman Abindarráez el mozo, soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastase la lástima presente sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto.

Página | 16

LOS ABENCERRAJES

(La música de la evocación de la Alhambra entra poco a poco por entre los barrotes de la ventana. La oscura celda se irá transformando, de manera extravagante, en los “escenarios” por donde la imaginación del relato nos hará viajar.)

ABINDARRÁEZ:

Hubo en Granada un linaje de caballeros que llamaban los Abencerrajes, que eran flor de todo aquel reino, porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros.

(Y diciendo esto último, se descubren, tras una pared, una docena de Abencerrajes.)

En todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. De manera que se podía decir que en ejercicio de paz y de guerra eran regla y ley de todo el reino.

TODOS:

... regla y ley de todo el reino.

(El pulso de la acción se va transformando en un coro que cuenta, repite, sufre, vive...)

ABINDRRÁEZ:

Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde ni de mala disposición.

CORO:

Regla y ley en todo el reino.



ABINDARRÁEZ:

No se tenía por Abencerraje el que no servía dama.

CORO:

Regla y ley en todo el reino. Página | 17

ABINDARRÁEZ:

Ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor

CORO:

Regla y ley en todo el reino.

ABINDARRÁEZ:

Dícese que nombrar Abencerraje era decir virtud, nombrar valentía.

CORO:

Honor, maestría.

ABINDARRÁEZ:

Regla y ley en todo el reino.

CORO:

Arrojo, ardor, galanía.

ABINDARRÁEZ:

Regla y ley en todo el reino.

CORO:

Fulgor sobre el brillo, destello en el día

ABINDARRÁEZ:

Regla y ley en todo el reino.

CORO:

Luz para los ojos, valor...

TODOS:



Regla y ley de todo el reino.

(La música se tiñe de otra luz más oscura,
pues una nube está velando la ventana. El coro
también muda y se inquieta.)

ABINDARRÁEZ:

Página | 18

Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás.

ABENCERRAJE CUATRO:

El rey de Granada hizo a estos caballeros un notable e injusto agravio, movido de falsa
información que contra ellos tuvo.

ABINDARRÁEZ:

Y quísose decir, aunque yo no lo creo, que se conjuraron de matar al rey y dividir el Reino entre
sí, vengando su injuria.

CORO:

(Uno a uno)

... vengando su injuria...

(Una mujer cruza la escena rápidamente.
Viene a advertir a los Abencerrajes con su trajín y
su voz. Los empuja, los zarandea, los oculta tras
los muros del salón de la Alhambra.)

MUJER:

(Recitado, mitad cantado.)

Caballeros granadinos,
Aunque moros, hijos dalgo,
Con envidiosos intentos
Al rey moro van hablando,
Viendo que los favorece
Todo el granadino estado,
Hombres, niños y mujeres,



Caballeros y villanos;
Dicen que los Bencerrajes,
Linaje noble, afamado,
Procuran dalle la muerte
Para gozar su reinado.

Página | 19

LA MATANZA

(Pero estas paredes no ocultan lo que
guardan y pronto se hacen visibles, transparentes,
viendo asesinar sin lucha y a traición a dos, tres,
cinco de ellos. Los moros gritan TRAICIÓN. Todo
se va tiñendo de sangre; el suelo, las fuentes, la
música... ruedan cabezas con ojos como puñales.)

(Terminó la carnicería. Sólo el sonido
del chorrillo del agua roja repiquetea en las
fuentes.)

MUJER:

En las torres del Alhambra
Sonaba gran vocería
Y la ciudad de Granada
Con grande llanto se hacía,
Porque sin razón el Rey
Hizo degollar un día
Treinta y seis Abencerrajes
Nobles y de gran valía
A quien los ojos traidores
Acusan de alevosía.

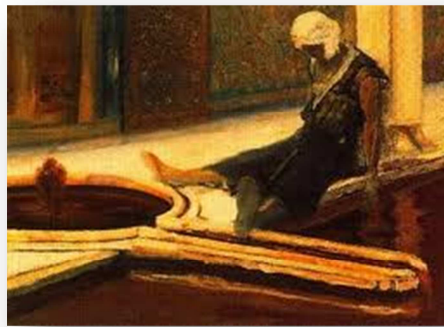
(La música se viste de luto.)

Granada los llora más,



Con gran dolor que sentía,
Que en perder tales varones
Es mucho lo que perdía:
Hombres, niños y mujeres
Lloran tan grande perdida,
Lloraban todas las damas,
Cuantas en Granada había.

Página | 20



NARVÁEZ:

Vuestro cuento, caballero, es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fue grande, porque no es de creer que siendo ellos tales, cometiesen traición.

ABINDARRÁEZ:

Es como yo lo digo.

Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje y tan principales caballeros como en él había; considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba; cuánto tarda en crecer un árbol, y cuán presto va al fuego; con cuanta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema.

NARVÁEZ:

¡Cuántos podrían escarmentar en las cabezas de estos desdichados!

ABINDARRÁEZ:

¿Podré marchar, pues?



NARVÁEZ:

¡Cómo! ¿Acaso os ha crecido la fiebre?

ABINDARRÁEZ:

Dejadme.

Página | 21

NARVÁEZ:

Caballero, guardad cuidado; prisionero sois.

ABINDARRÁEZ:

Ya sabéis quién soy, ya os lo he contado.

NARVÁEZ:

Ya sé de quién es vuestro linaje,
mas quiero saber quién sois vos.

ABINDARRÁEZ:

¿Podré marchar luego?

NARVÁEZ:

No. No lo creo.

ABINDARRÁEZ:

¿Entonces?

NARVÁEZ:

Entonces

Estamos aquí.

Sois mi prisionero.

Contadme.

ABINDARRÁEZ:

¡Injustamente, a traición lo soy!

NARVÁEZ:

Estáis en lo cierto.



ABINDARRÁEZ:

¡Así es!

NARVÁEZ:

Entonces... y aunque os extrañe, os lo pediré por favor.

Página | 22

ABINDARRÁEZ:

¿De veras?

NARVÁEZ:

¿Por qué no? En mi casa estoy. Estas piedras, creedme, no hablarán, mas quieren saber una a una a quién di caza; quién con tanta fiereza y alegría supo dar resistencia a mis hombres en mi propia tierra, quién se zafó una y mil veces de mi mano y, a no ser por una daga traidora, hubiera libremente saludado al sol por sus respetos...

...quién jugaba a ser vivo mientras yo, apretando los puños, me esforzaba en ser caballero.

ABINDARRÁEZ:

Me desconcertáis.

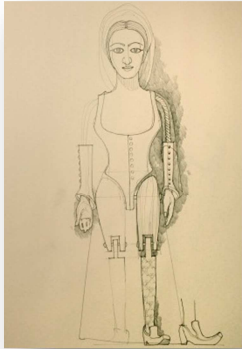
NARVÁEZ:

Os lo pido por favor: quiero saber quién sois.

(Esto desconcierta mucho a Abindarráez.
Piensa unos momentos y habla.)

ABINDARRÁEZ:

Aguardad pues, y veréis cómo desde allí todos los Bencerrajes desprendimos a ser desdichados.



ABINDARRÁEZ Y JARIFA

Página | 23

(La acción, dos paredes más allá,
batiéndose el muro de la imaginación, es el patio
de la casa de Jarifa. Todo es ilustrado
preciosamente como en un cuento de manuscritos
miniados.)

Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre mandamiento del Rey,
envióme a Cártama al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad.

(Ahora la música es dulce, como los hilos
del títere que por allí vemos venir.)

Este alcaide tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí, porque allende de ser
sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto.

(En escena, junto al jazmín y la
fuentecilla, aparece el títere de la hermosa
muchacha diez años ha.)

Ésta y yo en nuestra niñez nos tuvimos por hermanos porque así nos oíamos llamar.

Nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos.

Juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos.

(Llega, junto a ella, el muñeco del
muchacho Abindarráez.)

JARIFA:

Hermano ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

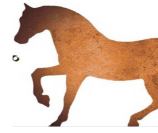
ABINDARRÁEZ:

Señora mía, porque ha gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese dónde estabais,
(suspira) hasta que mi corazón me lo dijo.

Mas decidme ahora ¿Qué certeza tenéis vos de que seamos hermanos?

JARIFA:

Yo... no otra más del amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.



ABINDARRÁEZ:

Y si no lo fuéramos ¿me querías tanto?

JARIFA:

¿No ves, que, a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

Página | 24

ABINDARRÁEZ:

Pues si ese bien me habían de quitar, más quiero el mal que tengo.

JARIFA:

¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

ABINDARRÁEZ:

Pierdo a mí y a vos.

JARIFA:

Yo no te entiendo... mas a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente.

ABINDARRÁEZ:

A mí sola tu hermosura me obliga (Jarifa suspira arrobada) que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces.

(Sus cabezas de engrudo van a juntarse
en un hermoso beso, los pajarillos trinan, pero
Jarifa se asusta y se retira rápidamente.)

ABINDARRÁEZ:

Si yo me ahogase ahora en la fuente donde veo a mi señora ¡cuánto más disculpado moría yo que Narciso!

JARIFA:

Sería muerte tuya la mía.

ABINDARRÁEZ:

(*Aparte.*)

Y si ella me amase como yo la amo ¡qué dichoso sería yo!

Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos...



LOS DOS:

¡...Qué sabrosa vida sería la mía!

(Abindarráez juega con el jazmín, hace una guirnalda y se la pone en la cabeza. Se vuelve a Jarifa, ésta se sonroja y se ríe mucho. Se acerca a su *hermano* y le coge la guirnalda para ponérsela ella.)

Página | 25

JARIFA:

¿Qué te parece ahora de mí, Abindarráez?

ABINDARRÁEZ:

(Suspira enamorado.)

Paréceme que acabáis de vencer el mundo y que os coronan por reina y señora de él.

JARIFA:

Si eso fuera, hermano, no perderíais vos nada.

(Otra vez los pájaros vuelven a tocar la música del beso y sus caras se van a juntar. Otra vez Jarifa corre ruborizada, esta vez metiéndose en la casa.)

JARIFA:

¡Oh...!

ABINDARRÁEZ:

Esperad... Jarifa.

(Y entra con ella en casa.)

(La acción vuelve a la mazmorra, donde están Abindarráez y Narváez.)

NARVÁEZ:

Seguid con el relato. El final ansío saber.



ABINDARRÁEZ:

Esta engañosa vida trajimos mucho tiempo, hasta que ya el amor por vengarse de nosotros nos descubrió la cautela, que, como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos.

...yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado bien.

Página | 26

NARVÁEZ:

Contad.

ABINDARRÁEZ:

En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se convirtió en una rabiosa enfermedad que nos durará hasta la muerte.

(Y culminan las siluetas de los amantes
besándose en la ventana.)

... mas después no vino el mal por principio, sino de golpe y todo junto.

NARVÁEZ:

(Inquietándose.)

¡Cómo que!

(En la ventana se comienza la tragedia.)

ABINDARRÁEZ:

El Rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cártama, su padre, envióle a mandar a Coín, que es aquel lugar frontero al vuestro, y que me dejase a mí en Cártama.

NARVÁEZ:

Comprendo...

ABINDARRÁEZ:

Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos, si algún tiempo fuisteis enamorado, lo que podríamos sentir.

(Ahora la ventana de los amantes es un
retablo de lágrimas.)



TRAGEDIA EN LA VENTANA

ABINDARRÁEZ:

Señora mía, alma mía, solo bien mío.

(Lloran y se abrazan.)

JARIFA:

Señor mío, alma mía, solo bien mío.

(Lloran y sus cuerpos de cartón tiritan.)

ABINDARRÁEZ:

Apartándose vuestra hermosura de mí ¿tendréis alguna vez memoria de este vuestro cautivo?

JARIFA:

Callad, que ahora os hablo

(Pero los sollozos primero ahogan sus
palabras.)

LAS PALABRAS DE JARIFA RESUENAN EN LA CELDA

(Y es que la Jarifa de veras, como en un
sueño, se ha presentado fulgurando en la
habitación.)

JARIFA:

Abindarráez, a mí me sale del alma en apartarme de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte; tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada a Coín, donde ahora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte o por ausencia o indisposición suya, que ya deseo, yo te avisaré. Irás donde yo estuviere y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían, que todo lo demás muchos días ha que es tuyo.

(Y con esto, Jarifa desaparece en el aire,
quedando de nuevo los caballeros.)



ABINDARRÁEZ:

Y esto ha sido, señor, el relato.

Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra enviándome llamar con una criada suya.

Página | 28

(Abindarráez se revuelve nervioso.
Vuelven lo menos tres guardias.)

ABINDARRÁEZ:

Con que ya sabéis señor; si no me habéis matado todavía, habréis de dejarme escapar o hacedlo ahora.

(Intenta escapar.)

NARVÁEZ:

Quieto Abindarráez.

ABINDARRÁEZ:

Voy llamado de mi señora ¡Detenedme en la muerte, si podéis!

(Acuden más guardias.)

NARVÁEZ:

¡Quieto, pues!

ABINDARRÁEZ:

No pararé yo solo.

(Se escapa de un guardia, de
dos, de tres.)

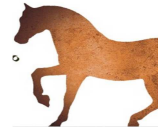
NARVÁEZ:

¡Escuchadme!

ABINDARRÁEZ:

(Mientras revolotea por la celda, su boca
no para.)

... y si tú me venciste, no fue por esfuerzo, que no es posible, sino porque mi corta suerte o la determinación del cielo quisieron atajarme de tanto bien.



NARVÁEZ:

¡Escuchadme digo!

¡Escuchadme!

¡Parad he dicho!

Página | 29

(Bufa o suspira; o ambas cosas.)

(Silencio. La acción queda quieta y en silencio como por embrujo de las voces de Narváez, quien tira de los faldones de su camisa para tranquilizar su ánimo.)

NARVÁEZ:

¡¡¡Que me escuchéis es preciso!!!

(Abindarráez se levanta, pues quedó a cuatro patas, huyendo de dos guardias.)

NARVÁEZ:

Abindarráez.

ABINDARRÁEZ:

Señor.

NARVÁEZ:

Quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna.

ABINDARRÁEZ:

De eso no tengo duda, señor, pues la tuya virtud es grande y la mía suerte... ya la ves: mínima.

NARVÁEZ:

(Da dos pasos hacia el preso.)

Si tú me prometes como caballero de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino, porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.



ABINDARRÁEZ:

Rodrigo de Narváez, si vos eso hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida. Y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

NARVÁEZ:

Página | 30

(A los soldados.)

Señores, fiad de mí a este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

(Y los soldados se van.)

LAS CONDICIONES DE NARVÁEZ. LA PROMESA.

(Ahora la luz del ventanuco se fija solo en ellos. La celda se ha transformado en estrado solemne donde jurar su suerte.)

NARVÁEZ:

¿Vos me prometéis, como caballero, de volver a mi castillo de Álor a ser mi prisionero dentro del tercero día?

ABINDARRÁEZ:

Sí prometo.

NARVÁEZ:

Pues id con la buena ventura y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona o de otra cosa alguna, también sea.

(Comienza la música en estampida.)



EL VIAJE DE ABINDARRÁEZ

(Abindarráez sube al hermoso caballo y cabalga hasta que le vemos desaparecer en la oscuridad.)

Página | 31

CANCIÓN

Durmiendo está Jarifa
Entre las flores de un prado,
Donde la Naturaleza
Bordó una cama de campo.
Bajó de un árbol Amor,
Que sabe y anda en los ramos,
Y mirándola en la boca,
Quísola medir los labios.

Y llegando quedito, pasito,
*Besóla callando y fuese volando.*¹*

Ella me llamaba hermano,
Yo a ella hermana mía;
Como hermanos muy amados
*Pasábamos nuestra vida.*²*

¹ Lope de Vega, *El primer Fajardo (Parte séptima de las Comedias, 1617)*, según la ed. Obras, XXII, Madrid, Atlas, 1968 (Biblioteca de Autores Españoles), página 199.

² *Rosa de amores*, Juan Timoneda, Valencia, 1573.



TRES

LLEGADA A COÍN

EL VIGÍA

Página | 32

(Ante el muro de la noche, fortaleza de Jarifa, un vigía se frota los ojos...)

VIGÍA:

Ante el muro de la noche, fortaleza de Jarifa, un vigía se frota los ojos. (Lo hace, muda de sitio. Se pellizca, se tortea la cara y abre sus ojos con los dedos.) Parece penetrar con sus ojos en los oscuros pozos de los campos del olivo. Es espejo la noche de luna y de la sombra de plata en el cielo de Coín. Adentro, negros y abiertos a la oscuridad, los ojos de Jarifa buscan en la blancura de la pared, respuesta a la pregunta de las horas.

“Irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo.”

Pero otro huso cae clavado en la tierra, yermo el reloj va quedando de su promesa.

AMA:

No digas eso, velaí.

Aún le quedan horas a esta noche.

VIGÍA:

Pero no se ve.

AMA:

¡Pues ya se verá! Con impaciencia no se gana diezmo el vigía.

VIGÍA:

¡Paréceme que ya lo veo! ¡Es por allí!

AMA:

¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡No podía faltar a la llamada de su Jarifa!

VIGÍA:

Mas callad un momento; creo haberme confundido. No es la figura que buscamos, sino la lechuza venciendo unas ramas.

AMA:



¡Válgame el cielo, y van tres! ¿Es que están cargados los olivos de lechuzas?

VIGÍA:

Y de teselas el Mar de Alejandría.

AMA:

Página | 33

Pues yo creí que daban aceitunas, y que las lechuzas crecían en sus nidos.

VIGÍA:

Tanto como yo creía que Abindarráez vendría esta noche

AMA:

¡Vendrá!

VIGÍA:

No se le ve.

AMA:

¡Verás!

VIGÍA:

Si aparece.

AMA:

¡Aparecerá!

VIGÍA:

Eso es fe.

AMA:

¡Será!

VIGÍA:

No soy mago que pueda hacerlo aparecer.

AMA:

¿Y de dónde te sacamos, cacatúa, que hablas tanto y miras tan poco?

VIGÍA:



(Se mofa mudando la voz.) De la escuela de niñitos ciegos del Campo de Orán, vengo, madre, a hacerme vigía, para hacerme aprender un oficio en casa de su dueña. Aunque ciego, veré; aunque sordo, oiré; y aunque mudo, mudaré (que yo me voy de aquí y este señor no ha aparecido). Ábrame, por favor, se lo suplico

(Abindarráez se ha presentado silencioso por el lado contrario, quedando detrás de los dos observadores, que no se percatan de su presencia.)

Página | 34

AMA:

¡Calla, melón pocho, hombre de poca fe!

VIGÍA:

(Sigue su mofa, llora como un mendigo a las puertas del templo.)

De poca fe y de poca vista, señora, cieguito soy. Yo no vi Abindarráez ninguno. Soy vigía, pero me gano las migas de pan duro “vigiando” en la negrura de los corazones. Negro es el buscado, negra la noche, negros mis ojos por de dentro, negro el Mar Negro ¿habrás visto jamás negrura más infinita? ¡¿... y más negra?! (Ríe a carcajadas)

AMA:

¡Calla! ¡Está al venir!

VIGÍA:

Será si viene.

AMA:

Vendrá

VIGÍA:

No vendrá.

AMA:

Vendrá.

VIGÍA:

No vendrá.

AMA:

Vendrá.



VIGÍA:

No vendrá.

AMA:

Vendrá.

Página | 35

VIGÍA:

No vendrá.

ABINDARRÁEZ:

¡Calla, melón pocho, hombre de poco fe!

¡Aquí estoy!

VIGÍA Y AMA:

¡Válgame el cielo!

ABINDARRÁEZ:

Si no callas, juro convertir todo lo negro en rojo con la sangre que te saque del cuerpo.

VIGÍA:

¡Ay, que estábais escuchando!

ABINDARRÁEZ:

¡Tanto como tú viendo! ¡Largo de aquí o te deshueso!

VIGÍA:

(Escaqueándose.)

¡Ay, madre mía, huido soy!

AMA:

¡Ya está! ¡Ya está!

¡¿En qué os habéis entretenido, señor mío?! Que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión. Mi señora ha rato que os espera; apeaos e iréis donde está.

(Abindarráez baja de la montura y dos sirvientes se llevan su caballo.)

ABINDARRÁEZ:



¡Señora!

JARIFA:

¡Amor!

(Se abrazan.) **Página | 36**

JARIFA:

¿En qué os habéis entretenido, señor mío?

ABINDARRÁEZ:

Mi señora...

JARIFA:

Vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto.

ABINDARRÁEZ:

Mi señora, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido, mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

JARIFA:

¿Penásteis mucho sin mí?

ABINDARRÁEZ:

... estuve... como en una mazmorra.

JARIFA:

Mentís.

ABINDARRÁEZ:

Creedme que no.

JARIFA:

Os creo; y esto es porque yo lo pasé como sin luz, privada de las cosas,

apenas sin aire,

casi sin voluntad.

No sabéis, mi señor, cuántos momentos puede tener un solo segundo de una tarde...

ABINDARRÁEZ:



...los he desgranado uno a uno.

JARIFA:

... ni cuántos segundos puede tener una hora aguardando el momento.

ABINDARRÁEZ:

(Se mira en sus ojos.)

... pero ya los tenemos todos aquí.

JARIFA:

Prometedme que siempre estaremos juntos.

ABINDARRÁEZ:

Jarifa...

JARIFA:

Prometedme que es raya este día de aquí en adelante; que cualquier momento que pasemos separados sea camino para andar...

ABINDARRÁEZ:

Jarifa, mi amor...

JARIFA:

...y encontrarnos.

Y encontrar yo tus brazos...

Y buscar tú los míos.

(Vuelven a abrazarse. Se miran una y otra vez, se abrazan y, por fin, quedan.)

JARIFA:

He querido, Abindarráez, que veáis en qué manera cumplen las cautivas de amor sus palabras, porque desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla.

(Juega como una ardilla entre los brazos de Abindarráez.)



Ausente mi padre por un tiempo, yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona y de la hacienda de mi padre debajo de nombre de esposo.

(El vigía ha estado espiando la conversación, y Abindarráez lo descubre.)

Página | 38

ABINDARRÁEZ:

¿Quién va? ¿Qué haces ahí?!

(Echa mano a su espada.)

VIGÍA:

Soy yo, señor... un triste tan solo.

¡No me matéis, os lo ruego...!

ABINDARRÁEZ:

¿Qué quieres si no?

VIGÍA:

Nada señor. Al menos nada que vos no queráis, digo; mi oficio de “vigiar” me trajo hasta aquí, erré mis pasos, pero ya me retiro.

ABINDARRÁEZ:

Vete; mejor estarás en otra parte con vida que aquí muerto.

VIGÍA:

(Traga saliva.)

Eso digo yo, y en breve, pues, me retiro.

(El Vigía sale zumbando.)

ABINDARRÁEZ:

Nunca se está tranquilo cuando la vida va por el filo de los dientes.

Digámoslo ya.

¿Estás resuelta a llevar a cabo nuestra promesa?

JARIFA:

¿Acaso lo dudas? ¿Para quién he hablado? ¿Qué haces tú, pues, aquí?



ABINDARRÁEZ:

No os ofendáis.

JARIFA:

Me hiere tu pregunta.

Página | 39

ABINDARRÁEZ:

Mirad que faltar a un padre es cosa seria.

JARIFA:

Vivir sin vida ya lo es.

ABINDARRÁEZ:

Mirad que puede costaros un nombre con que llamaros.

JARIFA:

Entonces el que tengo por mío no me sirve, porque no lo quiero.

ABINDARRÁEZ:

...dormir sin techo.

JARIFA:

Más me guarda el cielo contigo.

ABINDARRÁEZ:

...vivir sin acomodo, casi sin nada.

JARIFA:

Desnudos nacemos y somos felices; mas al principio lloramos.

ABINDARRÁEZ:

¿Será empeño este de llorar, Jarifa?

JARIFA:

¡Será empresa de vivir!

¡De vivir, Abindarráez!



Si quedo sin casa,
Tengo en ti abrigo,
Lar en tu pecho,
Pan en tu hogar;

Página | 40

Si quedo sin nombre,
Huso perdido,
Nombra mis ojos: amor,
Que yo sabré cómo llamarte:

Moro

Hermano

Cielo

Ventura

Valor

Regalo

Reposo.

Sangre

Luz

Agua

Sol

Fuego

Vida

Mi vida

Mi sangre

mi esposo.



ABINDARRÁEZ:

Jarifa, esposa mía.

Página | 41

(Jarifa le salta a los brazos.)

JARIFA:

Y según preveo será contra la voluntad de mi padre, que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor y experiencia de vuestra persona como yo, quisiera darme marido más rico, mas yo vuestra persona y vuestro contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo.

(Abindarráez se duele.)

JARIFA:

¿Qué os duele?

ABINDARRÁEZ:

Lo que ya sabéis: nada.

JARIFA:

¿Estáis herido?

ABINDARRÁEZ:

(Señalándose el pecho)

Aquí lo estaba. Mas ya sano.

JARIFA:

¿Qué es?

ABINDARRÁEZ:

Nada; ya fue.

Un contratiempo que me hizo retrasar; tan sólo un traspies.

JARIFA:

¿Acaso el caballo?



ABINDARRÁEZ:

Acaso, eso es;
mas ya pasa.

(Bromea en prueba.) Página | 42

Es cuanto cobramos las almas a galope: rasguños en la celada y buenos recibimientos.

Amor.

JARIFA:

Recibimiento quiero el mío que sea
tomando por nombre mi esposo.

*(El moro la tomó entre sus brazos y
besándola muchas veces las manos por la merced
que le hacía, la dijo:)*

ABINDARRÁEZ:

Nómbrame tú, esposa mía.

Órbitas tiene el cielo en la noche,
Seres fulgurantes del mediodía en la luna,
Luciérnagas, llamas, oscuridades...
Calmas que habitan la tarde...
Jarifa no; Jarifa tiene sus ojos:
Espejos del mundo donde mirarme
Luz que ilumina mi luz...

(Se besan.)

Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo que daros que no sea vuestro, sino sola esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa.



EL CASAMIENTO. BAILE DE CINTAS Y DE LUCIÉRNAGAS.

(Una música alegre comienza cuando varios bailarines llenan la noche; ahora cubren a Jarifa con un velo inmenso, ahora mudan a Abindarráez. Página | 43

Las puertas se cierran para no poder ver la ceremonia nupcial, que imaginamos por las gentes que llegan.

(Baile de cintas y de luciérnagas para una boda a escondidas.)

En un silencio descarado, el vigía aprovecha y sale del palacio corriendo de puntillas.

La música cesa, los bailes se retiran.

Por un costado de la alcoba aparece Abindarráez en mitad de la noche.)

UN COSTADO DE LA NOCHE

JARIFA:

¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo suspirar revolviendo el cuerpo a todas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decías ¿por quién suspiras?; y si no lo soy ¿por qué me engañaste?

ABINDARRÁEZ:

¡Jarifa!

JARIFA:

Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas;

ABINDARRÁEZ:

No es eso.

JARIFA:

Y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo;

ABINDARRÁEZ:

¡Qué estás diciendo!

JARIFA:



¿Quién mejor que tu amiga, casi tu hermana, para comprender tu yerro?

ABINDARRÁEZ:

Borra eso de tus labios. Nunca te faltaría.

JARIFA:

Página | 44

Y si tienes otro dolor secreto de que yo soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré de él.

(Abindarráez besa a su esposa.)

ABINDARRÁEZ:

Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento, porque el pesar que conmigo traía, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo.

JARIFA:

Dádmelo a mí, que soy tu esposa. Entre los dos sabremos cómo hacer.

ABINDARRÁEZ:

Mas ahora este pesar mío me obliga a apartarme de vos...

JARIFA:

¡Ay de mí!

ABINDARRÁEZ:

... no tengo fuerzas para sufrirle, y así entenderéis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad que de falta de ella; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.

JARIFA:

¡Ay de mí, triste cautiva,

Ay, que se me arranca el alma!

ABINDARRÁEZ:

De suerte, señora, que vuestro cautivo los es también del alcaide de Álorá; don Rodrigo de Narváez, gran caballero.

Caí en emboscada cercana a Antequera, luché, vencía ya, y una daga traidora cambió mi suerte. Fui preso en Álorá en esta misma jornada, y al final de una agonía de allí me fui cuando atardecía a merced de mi captor, con condición de volver pasado el tercer día; yo no siento pena



de la prisión, que vos enseñásteis (a)*³ mi corazón a sufrir, mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

JARIFA:

No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo, porque a mí cumple más.

ABINDARRÁEZ:

(Sonríe)

...no sabéis...

JARIFA:

Yo digo así: que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir.*⁴

ABINDARRÁEZ:

Venid.

JARIFA:

Para esto ponedle vos mismo el nombre que quisieres, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre...

ABINDARRÁEZ:

¡Qué decís!

JARIFA:

Yo os las pondré en vuestro poder;

ABINDARRÁEZ:

¡Jarifa!

Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien.

JARIFA:

Enviad de todo ello lo que os pareciere.

³ Esta "a" no existe en el texto original.

⁴ Nota de Francisco López Estrada: *"Graciosamente Jarifa imita aquí el lenguaje de los tratados de treguas, haciendo una ley para sí; compárese con los datos de Juan de Mata Carriazo: "Un alcalde entre los cristianos y los moros en la frontera de Granada", 1971, I, págs.. 85-142."*



ABINDARRÁEZ:

Jamás haré yo eso si no dejo de llamarme Abindarráez. (No caeré yo en tan gran yerro, porque si cuando venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora, que soy vuestro, se me ha doblado la obligación.)

Yo volveré a Álor y me pondré en manos del alcaide y, tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

Página | 46

JARIFA:

Pues nunca Dios quiera que, yendo vos a ser preso, quede yo libre, pues no lo soy.

Yo iré con vos.⁵

ABINDARRÁEZ:

¡Qué decís! No podría consentir yo vuestro peligro. Aquí aguardaréis a que suceda cualquiera cosa.

JARIFA:

No te equivoques pensando así, Abindarráez. Peligro corro aquí, siendo vuestra esposa y andando el mío lejos, jugando nuestra suerte de esta mala manera.

Yo iré con vos, digo.

ABINDARRÁEZ:

¡Jarifa!

JARIFA:

¡Abindarráez el mozo,

has de escucharme!

¿Compraste un lienzo blanco de boda

o guardaste un sudario frío bajo nuestro lecho?

¿Te casaste conmigo para ver que se rompe Jarifa esperando?

No.

No te turbes de ese modo;

Palabras más difíciles salen de los ojos que mueren a tu espada

⁵ Yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.



Cuando se vierte la sangre por ellos.

Yo iré contigo.

Me ataré a tu pecho y allí iré donde tú vayas.

No quiero vivir aquí sola,

No

Prefiero morir contigo.

(Abindarráez queda mudo.)

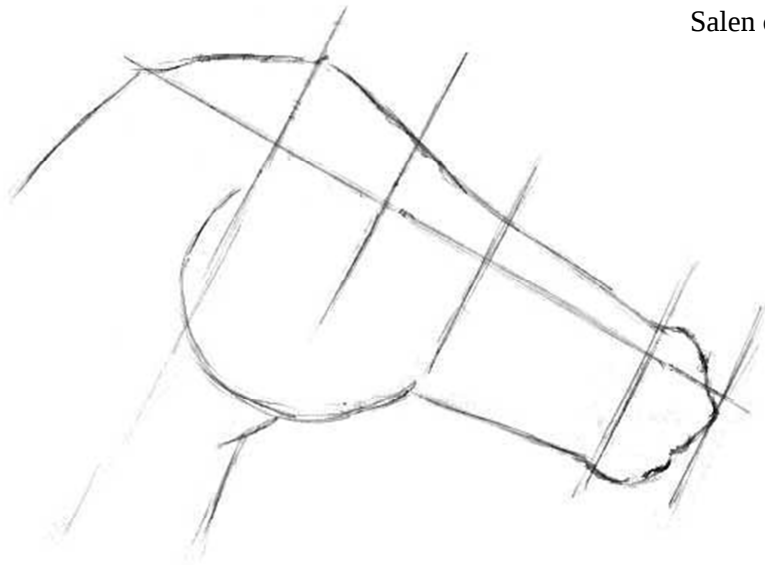
ABINDARRÁEZ:

Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisieres, que así lo quiero yo.

(Sus labios se juntan.

Salen camino de Álora.)

(OSCURO.)





CUATRO

“A PIZARRA⁶ EN UNA HORA”

(En la espesura de la noche, un Vigía chivatón cruza las losas de puntillas. Grillos. Todo es quietud la madrugada. Alguna brizna de luz se cuela por entre las hojas de la hiedra. Tira una piedrecita a una ventana. Tira otra.⁷)

Página | 48

VIGÍA:

Señor

Pschhhhhh.....

Mi señor.

Pschhhhhhhh.....

¡Mi señor, despierte!

ALCALDE:

(Sale en camisón. Porta una vela con su correspondiente palmatoria.)

¿Quién va? ¿Quién es? ¿Pero... qué horas son estas?

VIGÍA:

Soy yo, vuestro vigía de Coín.

ALCALDE:

¿De Coín? Oh, pues ya te alcanza la vista, ya...

VIGÍA:

No señor, no es eso: que ahora estoy aquí.

ALCALDE:

Ah, sí claro, claro...

Pero si eres de aquí... y también eres de allí...

⁶ Pizarra: pueblo próximo a Álor, donde el alcalde de Coín habría ido a comerciar con unas aceitunas.

⁷ Es posible que el Vigía se narre su propia acotación, como de costumbre.



¿Eres mago o fulgor?

VIGÍA:

Qué fulgor ni qué mago

Ya quisiera yo; vengo cabalgando.

Página | 49

ALCALDE:

Ah...

¿Y a qué vienes, hijo, que no estás allí “vigiando”?

VIGÍA:

Porque también soy chivato las horas libres, según se me ha ordenado.

ALCALDE:

Ah... dos ministerios para un solo encargado. Buenos sueldos debes de ganar.

VIGÍA:

No, señor, es uno y escaso.

ALCALDE:

Pues has de tratarlo pronto con tu amo.

VIGÍA:

Eso mismo pienso yo.

ALCALDE:

¿Y quién es, si puede saberse?

VIGÍA:

¡Vos, señor!

ALCALDE:

¡Oh!

¡Acabáramos, o sea, que eres tú mi vigía de Coín!

VIGÍA:

Eso trato de explicaros ha un buen rato.



ALCALDE:

Y también mi chivato.

VIGÍA:

¡Meridiano!

Página | 50

ALCALDE:

¿Y vienes aquí....?

-No me lo digas, no me lo digas, no me lo digas...-

VIGÍA Y ALCALDE:

¡A chivarme!

ALCALDE:

¡Esto mismo!

(El Vigía suspira. El Alcalde da saltitos de júbilo.)

VIGÍA:

Vale.

ALCALDE:

Ah, pues chívate, hijo mío.

Vamos, chívate.

VIGÍA:

Bien, voy a chivarme:

Esto es, señor, y a ciencia cierta lo sé pues fui testigo, que vuestra hija Jarifa, de quien no hallásteis tacha alguna en la vida...

ALCALDE:

...en la vida!

VIGÍA:

A quien considerásteis como un tesoro escondido...

ALCALDE:



...Pecio en las profundidades...

VIGÍA:

...casóse ayer noche en secreto con el moro Abindarráez

ALCALDE:

¡Cómo!

VIGÍA:

Eso: Casándose

ALCALDE:

¡Y en secreto dices!

VIGÍA:

Bastante, que no han dicho ni mu. Y partirán a caballo para entregarse.

ALCALDE:

¿Entregarse? ¡cómo es posible!

VIGÍA:

Entregándose.

ALCALDE:

¿A quién?

VIGÍA:

A un notable.

ALCALDE:

Vamos, dime su nombre.

VIGÍA:

Don Rodrigo de Narváez.

ALCALDE:

¿Narváez?

¡Qué les dio! ¿Se atufaron con la lumbre y ven paisajes?



VIGÍA:

(Aparte.)

La lumbre del amor los atufó.

No señor; el moro Abindarráez cayó preso en una lucha. Lo dejaron libre por tres días y ahora tiene que entregarse habiendo pasado ya dos.

Página | 52

ALCALDE:

¿Y mi pobre niñita qué hizo?

VIGÍA:

Enamorarse.

ALCALDE:

Ahhhh.... Ahora lo comprendo todo.

O sea que...

VIGÍA:

¡Eso mismo!

No lo relatéis de nuevo que se nos hace tarde. Ya despunta el tercero día.

ALCALDE:

Hora es de que empiece a ser temprano.

VIGÍA:

Por eso hemos de partir hacia Álor cuanto antes.

ALCALDE:

¿Y ellos? ¿Partieron ya?

VIGÍA:

Partieron.

ALCALDE:

¡Estamos perdidos, pues!

VIGÍA:

No de no, aún no es tarde.



Supe ganarles ventaja y ya sabéis cómo se dibuja el viaje de los enamorados en el mapa de la pasión.

ALCALDE:

¿Ah, lo sé?

Página | 53

VIGÍA:

Que si ahora mira esa fuente... que si me bajo... que si el agua en tu boca... que si gorjeos de amor...

ALCALDE:

¡Bueno basta, basta, basta! ¡Qué te crees! ¡Que es de mi Jarifa de quien hablas!

VIGÍA:

Salgamos a vuelo señor.

ALCALDE:

Salgamos.

Ah, si ya sabía yo que en este hogar había lumbre...

...Pero un padre nunca quiere ver por dónde se le enciende la casa... Mis niños...

Quiero ver yo en qué acaba todo esto.

VIGÍA:

¡Salgamos!

(Y por fin salen. El Alcalde no deja de mascullar si ya sabía yo...)



VUELTA A ÁLORA

CABALGADA

Página | 54



(La silueta de los dos amantes a caballo cruzar el mar de olivos camino de su destino; la música los lleva al trote.

Un galope mayor los alcanza y los sobrepasa sobre la grupa del caballo del Alcalde, donde viaja también el vigía sujetándose el alma para que no se le salga en la carrera.

Les han conseguido adelantar con creces.)



UN ALTO EN EL CAMINO

(Lugar de fuentes y de mujeres que allí lavan las ropas y más allá las tienden. Algún cantar se quiere enredar en el aire. Abindarráez ya va a pie, Jarifa en el caballo, de donde la descende su señor para descansar. Hay una piedra, un árbol y una pared, elementos que ocultarán muy bien a un hombre viejo que parecerá esperar, sin quererlo, el paso de los amantes.)

Página | 55

VIGÍA:

Es aquí, ya estamos próximos.

ALCALDE:

...Si ya sabía yo que donde hay sarmiento y lumbre acaba habiendo llama...

...si ya sabía yo...

VIGÍA:

¿Pero aún seguís con eso?

ALCALDE:

Y aún estaría así tres semanas rosigando su imprudencia.

VIGÍA:

Bien, ahora vamos prestos, que ya se acercan.

Un buen disfraz todo lo engaña y ayuda a descubrir la capa verdadera, más efecto hará si son dos o tres sobrepuestos.

ALCALDE:

Ah, por Dios, que no sé si sabré.

(El vigía ayuda a disfrazarse al Alcalde, ahora de viejo.)

VIGÍA:

Sabrás.

ALCALDE:



¿Y cómo?

VIGÍA:

Sabiendo.

ALCALDE:

¿Y si no sé?

VIGÍA:

Improvisad: es el antídoto a la ignorancia.

ALCALDE:

Lo sé.

VIGÍA:

Pues entonces ¡qué más ha de saber!

(Acaba de disfrazarle.)

Ahora yo me pierdo convenientemente.

Desaparezco de la vista, me voy.

ALCALDE:

Aquí quedo yo,

Aguardando en estas piedras.

VIGÍA:

Adiós, que ya vienen.

(El Alcalde, transformado en VIEJO, se impacienta y se prepara para recibir a la pareja.)

ABINDARRÁEZ:

Aquí descansaremos. Ya estamos próximos.

VIEJO:

Buenos días tengáis, jóvenes.



JARIFA:

Buenos días.

ABINDARRÁEZ:

Página | 57

(Interponiéndose)

Buenos sean, caballero.

VIEJO:

¿Vais camino de Álora?

ABINDARRÁEZ:

Así es.

¿Y vos?

VIEJO:

A sus puertas estoy; negocios que tengo con el alcalde de ella, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.

ABINDARRÁEZ:

Tenemos noticia de su virtud.

VIEJO:

Y entre las cosas que hizo

Adonde más le ha mostrado,

Fue cuando ganó a Antequera

El Infante ya nombrado;

ABINDARRÁEZ:

(Cortando.)

Así lo cantan, señor.

JARIFA:

(Saliendo del refugio de las espaldas de su esposo.)



Decid, hermano ¿Sabéis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

ABINDARRÁEZ:

Jarifa, mi señora...

JARIFA:

Página | 58

Escuchemos sus palabras, no nos harán mal y aún hay tiempo.

(Abindarráez asiente con pesar.)

VIEJO:

Muchas sé, mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás.

JARIFA:

Contad, os lo ruego.

Mas... vuestra habla me quiere sonar.

VIEJO:

¡Digo! Que sería yo mudo si acaso mi hablar no sonara.

JARIFA:

Quiero decir; que me es familiar.

VIEJO:

Eso es porque hablo siempre con las “familias” de palabras que me acuden al paladar.

JARIFA:

Vuestro gesto, vuestras manos, vuestra presencia...

VIEJO:

¡Bueno, quede ya!

JARIFA:

(Va a hablar) Vuestros...

VIEJO:

¡Quede el asunto digo!

Tranquilidad.



¿Queréis o no escuchar la historia?

JARIFA:

Claro que queremos.

VIEJO:

¿Ambos queréis?

(Aparte a Jarifa.)

Decidme a mí ¿Quién es, pues, el que te acompaña?

JARIFA:

Mi señor y mi esposo.

VIEJO:

¡Vuestro esposo ya!

JARIFA:

¿Qué decís?

VIEJO:

Digo que... vayamos a lo que importa, que es el tratar de contar historia semejante: la del alcaide don Rodrigo de Narváez.

(Una guitarra andaluza nos abre el relato.)

Este caballero don Rodrigo fue primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor de este caballero, amaba a su marido tanto, que hacía poco se casó con él.

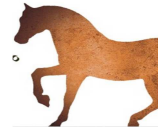
JARIFA:

¡Casada era!

VIEJO:

Casada es todavía, que ahí está la virtud del cuento que quiero haceros aprender de Don Rodrigo de Narváez.

Otro día adelante se ofreció que el marido fue fuera de la ciudad y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle llamar con una criada.



ENCUENTRO FLAMENCO

(Detrás de aquellos árboles vamos viendo la escena ilustrada: un hombre y una mujer acuden a la cita –dos bailaores-. La música tiene el trasunto de los grandes dramas flamencos.)

Página | 60

Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer.

A la hora concertada, muy a recado fue a ver a la dama.

(Los personajes llegan en sombras, bailan y desperezan sus ganas. Parece que fueran a juntarse, pero nunca llega a ser así.)

VIEJO:

Allí ella echó de ver el yerro que había hecho y la vergüenza que pasaba en requerir aquel de quien tanto tiempo había sido requerida; pensaba también en la fama, que descubre todas las cosas, pensaba lo más grande en la ofensa del marido.

(Esta pareja flamenca se deshace sin haber llegado siquiera a tocar una brizna de sus cuerpos.)

Rodrigo de Narváez, aunque joven, grande caballero dijo a la mujer:

“Señora, yo os aprecio mucho y os apreciaré de aquí en adelante, mas nunca Dios quiera que a hombre tan honrado haga yo ni tú tan cruel daño.”

“Esto así ha de ser por siempre y para todo el mundo” Respondió ella.

Y quedaron dos amigos como ha de ser; ante Dios, ante la ley y ante sus voluntades.

(Los bailaores se van retirando.)

Volvió la mujer a su marido y don Rodrigo de Narváez a su castillo, quedando en paz la tierra que los había visto.

JARIFA:

Hermosa lección de vida nos habéis regalado.

VIEJO:

No se os olvide nunca por dónde comienza la grandeza, y por donde se pudren las lealtades.

Ahora decidme ¿Adónde vais vosotros?

JARIFA:



A aprender otra igual de grande.

VIEJO:

¿De labios de quién?

JARIFA:

Del mismo Rodrigo de Narváez.

VIEJO:

Grande será la ocasión.

JARIFA:

Grande.

ABINDARRÁEZ:

Conque quedad con Dios, buen señor.

VIEJO:

Con Dios vayáis, caballero.

(Jarifa y Abindarráez se pierden en el
camino.)

VIEJO:

(Al público.)

Donde hay damas, hay amor,*⁸

Donde hay gentileza y gala,

(El viejo da la vuelta a su sombrero y a
su chaqueta logrando así parte de su disfraz.)

En la noble Andalucía un gran alcaide alcaidaba:

Alto es y gentilhombre,

⁸ Romance Sefardí de Marruecos.



Hermoso y de buena gracia,

Fortunoso en el dinero

Y fortunoso en las armas,

Fortunoso en los amores

Y en los tratos que trataba.

Un trato trató de amor con una hermosa dama;

Este trato sencillo

Con muy pocas palabras:

- Si es tu marido, señora,

No le faltaré en su dama.





CINCO

CASTILLO DE NARVÁEZ

Página | 63

(Transición de luz.)

HOMBRE:

(Es el Viejo de la escena anterior,
ataviado con las ropas que le hemos visto
cambiar.)

¡Señor!

(...)

¡Señor!

NARVÁEZ:

¿Qué ocurre?

HOMBRE:

Señor, en el castillo está el moro que venciste.

NARVÁEZ:

¿Es posible?

HOMBRE:

Como lo dije.

(Suenan cerrojos que ya
conocemos. La luz se cuela de nuevo por las rejas
y ya estamos en el último confín del mundo.)

NARVÁEZ:

No puedo esperar más de hombre tan entero, ni menos del mismo. Cabal ha sido, entonces, con su palabra.



HOMBRE:

Sí podéis, señor: más que cabal ha sido, que trae consigo una gentil dama.

NARVÁEZ:

¡Cómo!

Página | 64

HOMBRE:

Una dama es; lo acompaña y no se separa de él a menos que sea muerta.

NARVÁEZ:

Entonces es él.

(Aparte.)

¡Oh, cielos! Pruebas son del destino las que me mandas, obras a las que dar juicio,
prisioneros que no son libres aunque de buen merecido habrían de serlo.

Y en todo esto ¿qué haré yo?

¿He de atender a la justicia de los hombres que dan palabra, o dar palabra a los hombres
que son de justicia?

¡Aquí está presentado el que prometió ser cautivo, cabal a sus tres días acontecidos! Di
libertad a la presa, pensando que no volvería al nido, cayendo la falta así de su parte...

Pero la grandeza de los hombres en hechos es tal, que si por nombre es de caballero, vale más
su palabra que el no serlo. Aquí debo ser yo hombre, cabal, certero. De igual a igual hablarle.

Y si el moro cumplió su palabra, como he de ser caballero, habré de dar yo justicia pensando
muy bien este encierro.

HOMBRE:

Señor...

NARVÁEZ:

Ah, sí. Haz que pasen.

(Suspira)

Que vengan a entregarse. Yo les espero.



(Abindarráez y Jarifa llegan frente a don
Rodrigo de Narváez. Le siguen guardias.)

ABINDARRÁEZ:

Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de traer un preso y te
traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos.

Página | 65

(Abindarráez se postra de rodillas.)

NARVÁEZ:

Levantad.

ABINDARRÁEZ:

(No levanta del suelo.)

Ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa.

NARVÁEZ:

Levantad del suelo.

ABINDARRÁEZ:

(Sigue de rodillas.)

Recíbenos por tuyos, que yo fio mi señora y mi honra de ti.

NARVÁEZ:

¡Que levantéis os digo!

ABINDARRÁEZ:

Señor...

NARVÁEZ:

¡Que levantéis del suelo!

ABINDARRÁEZ:

¡Prisioneros somos tuyos, señor!

(Jarifa viene a arrodillarse al lado de su
esposo.)

A pagar venimos.



NARVÁEZ:

Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos.

(Baja hasta el nivel de los amantes,
hincando una rodilla en tierra.)

Página | 66

Que os levantéis ¿habéis entendido? Os lo ruego.

(Todos se ponen en pie muy despacio.)

NARVÁEZ:

Entrad y reposaréis en vuestra casa; tenedla de aquí en adelante por tal.

ABINDARRÁEZ:

Señor, yo vengo a cumplir mi palabra.

NARVÁEZ:

No seréis preso en mi casa.

ABINDARRÁEZ:

He venido para serlo.

HOMBRE:

(Aparte.)

Tozuda es la tozudez, si tozudo es su dueño.

NARVÁEZ:

¡Habréis de ser tozudo, pues!

¡Ea! ¡Seréis prisionero!

Y vos, gentil dama, prisionera de prisionero.

JARIFA:

(Asiente)

Señor.



NARVÁEZ:

Mirad mi mazmorra, de ella yo soy su dueño, y os digo y ordeno, que desde aquí a Fisterra, desde el final de esta línea hasta donde llaman firmamento, muros habrá que tener para que os detengan. Sois jóvenes y libres; tomad el Mundo por tal. Esa será vuestra cárcel de viento.

Y ahora tengo cosas que hacer...

Página | 67

(Narvárez da la espalda para marcharse.
Está muy ofuscado.)

HOMBRE:

¡Señor...!

NARVÁEZ:

¡Ah! ¿Cómo? ¿Hablas tú?

¿Qué hay, pues?

HOMBRE:

Deciros una cosa...

Y es que... resultando así...

...no sé... si los dejo fuera... o los encierro.

NARVÁEZ:

Eso lo sabréis vos.

HOMBRE:

¿Yo? ¡Pobre de mí!

NARVÁEZ:

Yo así lo entiendo. Fijaos:

¿Cuándo la virtud encerró virtud, cuándo un alma noble fue encerrada justamente, cuándo el fuego apagó fuego,?

HOMBRE:

Nunca, señor.

NARVÁEZ:



Yo me sé por un corazón noble; así paso la vida entera con notable esfuerzo. Si encierro virtud, yo mismo me encierro, si encierro fuego hoy, hoy me quemo; no puedo hacer cautiva la nobleza más que mudando a ser vil...

Conque mira tú tu alma, y verás si los dejas libres...

... ser vil yo, no quiero.

Página | 68

HOMBRE:

¿Qué hacer, pues?

NARVÁEZ:

Una cosa muy clara.

HOMBRE:

¿Y es...?

NARVÁEZ:

(A Abindarráez.)

¿Queréis hacer hoy de mí un *bellaco*?

ABINDARRÁEZ:

No señor,

Ni hoy ni nunca;

Pero debemos hacer justicia a nuestra palabra.

NARVÁEZ:

Sed, pues, y oid:

(Se coloca frente a Abindarráez.)

“Estimo en mucho haber sido

Parte que aquesto se haga,

Y así de los dos no quiero

Por vuestro rescate nada,

Pues me basta la honra

De haber tenido (ayer) en mi casa



Tan honrados prisioneros;
Y si el partir os agrada,
vos, Abindarráez, sois libre,
que yo os alzo la palabra.”

Página | 69

Y esto es, que si habéis sido prisioneros, cumpliendo a vuestra palabra como yo a la mía, bien:
hasta aquí quede vuestra prisión, y aquí termine el trato, quedando el tiempo cumplido...

(Abindarráez va a hablar.)

... hasta aquí basta.

Breve ha sido, mas no acordamos el plazo.

(Abindarráez va a hablar.)

¡No lo hicimos!

(Abindarráez va a hablar.)

Así se haga.

Cautivo hasta aquí de mi cárcel habéis sido, hasta esta raya; eso fue ayer, antes, nunca ahora:
sois libre.

¡Es justicia!

(Silencio.)

Es justicia.

ABINDARRÁEZ:

Sea pues.

Es justicia.

(Se miran. Abindarráez baja el gesto.)

NARVÁEZ:

¡Cómo! ¿no os alegráis?

¿Qué os puede ensombrecer tanto el semblante quedando libre vosotros?

ABINDARRÁEZ:

Rodrigo de Narváez...



(Duda, trastabilla.)

NARVAEZ:

Hablad sin apuro.

ABINDARRÁEZ:

Página | 70

...según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás.

Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa.

JARIFA:

(Haciéndose, de repente, con la palabra.)

Yo tengo esperanza, señor, que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos.

NARVÁEZ:

Decidme.

JARIFA:

No quise quedar en Coín de miedo de haber ofendido a mi padre.

NARVÁEZ:

¿Le ofendisteis de veras? ¿Vosotros?

JARIFA:

Así parece, que cumplimos matrimonio sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

Bien sé que por tu virtud te ama el Rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances de él que nos perdone mi padre por haber hecho esto.

NARVÁEZ:

¡El Rey!

ABINDARRÁEZ:

(Asintiendo.)

El Rey.

HOMBRE:



¿¡El rey!?

NARVÁEZ:

¡Ah! Hola

¿Qué hay, pues?

Página | 71

HOMBRE:

Eh... oh... eh... No hay nada. Nada más al punto, digo, que aquí traigo aparejo con que escribirle al rey; pluma, tinta, sello y manos con que rayar el papel.

Conque dictadme.

NARVÁEZ:

¿Ahora eres amanuense?

HOMBRE:

Aunque viejo, señor, me quedan dos o tres utilidades.

NARVÁEZ:

Bien. Sea, pues.

(Le han traído mesa y banquete.)

NARVÁEZ:

Muy alto y muy poderoso Rey de Granada:

HOMBRE:

(Da dos golpes en la mesa que suenan a pandero.)

Dos puntos.

(Narvárez le mira asombrado.)

O punto doble.

(Narvárez parpadea dos veces.. Decide continuar.)



NARVAEZ:

Rodrigo de Narváez, alcaide de Álora, tu servidor, beso tus reales manos y digo así:

(Vuelven a sonar los dos golpes. Narváez se impacienta con la gracia del viejo, mira a todos los presentes antes de continuar.)

Página | 72

Que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crió en Cártama en poder del alcaide de ella, se enamoró de Jarifa, su hija.

HOMBRE:

... de la HERMOSA Jarifa, su hija.

NARVÁEZ:

... de la hermosa Jarifa, su hija.

(Continúa.)

Yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve,

HOMBRE:

(Puntualiza mientras escribe.)

... en que se mostró muy valiente...

NARVÁEZ:

...le gané por mi prisionero, dándole dos días de libertad para ver y ganar a su esposa.

HOMBRE:

...a su esposa.

¡Es-po-sa!

NARVÁEZ:

Cumpléndose el trato, ahora los dos están en mi poder.

Suplico a tu real alteza que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí.

HOMBRE:

...entre nosotros...



(Narváez se muestra furioso con el
escribiente.)

NARVÁEZ:

Yo les perdonaré el rescate y les soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre de ella los
perdone y rescriba su gracia.

Página | 73

(El viejo tose ruidosamente. Tose y tose.
Y tose más.)

NARVÁEZ:

(Abalanzándose sobre el escribiente.)

¡Será posible que no pueda escribir con tranquilidad la carta!

HOMBRE:

¡No señor! ¡Paraos, os lo ruego!

(Abindarráez se interpone para que no
corra allí la sangre.)

Que ya la estoy escribiendo yo por vos.

(Narváez rebufa.)

En eso quedamos ¿no?

NARVÁEZ:

(Se tranquiliza.)

Y termino:

Y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que de ella siempre esperé.

HOMBRE:

(Se levanta y se planta.)

Señor, así lo haré.



NARVÁEZ:

¡Podrás escribirlo, demonio, en el papel!

HOMBRE:

Sí, también.

Página | 74

(Se sienta y lo escribe. Habla entre
dientes alguna algarabía.)

NARVÁEZ:

¡¿Qué estás diciendo ahora?!

HOMBRE:

Cosas, señor.

NARVÁEZ:

¿Qué es?

HOMBRE:

Digo, señor, que no te congojes, aunque tengas por qué.

NARVÁEZ:

Que lo hayas escrito no espero.

HOMBRE:

Sí, también.

(Se sienta a escribirlo.)

TODOS:

¡No! ¡Quieto!

NARVÁEZ:

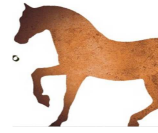
¡Cómo! ¡Qué!

No entiendo nada esta vez.

HOMBRE:

Sánete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Álora que yo no lo haga.

NARVÁEZ:



¡Ah, sí! Inmenso poder

¿Alguna diligencia más para acabar de una vez?

HOMBRE:

Por supuesto.

Página | 75

(El Hombre rompe el tono de burla para adoptar una posición más grave. Hasta la luz cambia. Se levanta y gana el centro de la escena.)

Así te mando que vayas luego a Álora, y te acompañes con él, y perdone el alcalde a sus hijos, y los metas en su casa, que, en pago de este servicio, a ellos y a ti hará siempre merced.

NARVÁEZ:

(Narváez ha comprendido el tono y se cuadra como caballero que es, apartándose a un lado.)

Empiezo a comprender, señor, que esto no es broma ni falta de cordura, según cómo lo dices.

(El misterioso Hombre ha comenzado a prescindir de parte de su atuendo y de partes postizas que lo disfrazaban, hasta quedar en quien es: el Alcaide de Cártama, padre de Jarifa.)

ALCALDE:

Hijos, ahora que sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo.

JARIFA:

¡Padre!

ABINDARRÁEZ:

¡Señor!

ALCALDE:

Yo soy.

Alcalde de Cártama y Coín.

Vengo siguiendo vuestra suerte desde hace rato.



JARIFA:

¡Érais él!

ALCALDE:

Era él, hija, en el camino, y aquí yo soy él.

(Abindarráez y Jarifa se arrodillan ante el alcaide.)

JARIFA:

Padre, te ruego me perdonen mi falta; casada soy sin vuestro parecer.

ALCALDE:

Ya lo sé, hija, ya lo sé. En eso estamos ahora...

JARIFA:

¡Padre, perdóname!

ALCALDE:

Levanta el gesto, nunca fue el suelo espejo donde habrías de miraros.

JARIFA:

Padre, es la vergüenza ante el agravio.

ALCALDE:

No se trate aquí de cosa pasada.

¡Abindarráez!

ABINDARRÁEZ:

Señor, no creía yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo, porque traía a mi señora conmigo, pero solo el aliento de tus palabras hará que me postre y acepte tu castigo.

ALCALDE:

¡Baste ya!

¿Para qué quiero yo un hijo tan postrado y castigado?

¿Para qué?

Yo no lo hubiera hecho de mejor modo ni de tan buen grado.



Yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, pues habéis acertado cual era, desde que erais niños testigo soy de que os habéis amado.

Jarifa, hermosa, a mis brazos, mi bien, mi alcancía, mi lar, mi tesoro, mi cuidado...

(La niña se echa en brazos del anciano.)

Y vos, Abindarráez, levantad (también la vista) del suelo.

ABINDARRÁEZ:

Señor.

ALCALDE:

Hija, escogiste mejor marido que el que yo os pudiera dar.

Pagad a este caballero su rescate, y vámonos.

(La música comienza a subrayar el valor de las palabras. Los caballeros se adelantan.)

NARVÁEZ:

El rescate está cobrado, señor, siendo el pago el haber vivido el tiempo de estos días de valor, de entereza, de gallardía, de saber acudir un hombre donde prometía y obligar valor al valor, fuerza a la fuerza, virtud a la virtud. No me queda más que ser generoso con quien lo fue conmigo, obligándome a ser entero, sintiéndome aprendido del que regala a caudal elocuencia, fiereza, amor, palabra, obra, presencia, hidalguía.

Vos, señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisierais.

ABINDARRÁEZ:

(Los dos caballeros, Narváez y Abindarráez, están frente a frente. Igualmente conversan los instrumentos para abrochar la trama.)

Rodrigo de Narváez, si tú por alcanzar honra y fama, acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a aquéllos donde vengo y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo.

Si piensas que con darme libertad en tu castillo para ir al mío, me dejaste libre, te engañaste, que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón; **las buenas obras, prisiones de los nobles corazones son.**

(Y con estas palabras, los dos caballeros se abrazan y llegamos al



FINAL.)

(La música es una fiesta donde los personajes bailan y se juntan.)

Página | 78



(Madrid – Monzón. 2013.)

NOTA*⁹

Este texto pretende ser una herramienta de optimismo, es decir, de puesta en escena, y ésta se hará de la manera en que ya hemos dicho: con alegría. No pretende crear Literatura ni sentarse a departir con los señores, sino levantarse a bailar con los moros y flamencos, armar un lindo artilugio donde personajes y *moñacos* convivan como lo hacen en las telas pintadas de los siglos de entonces, pero con la contemporaneidad y vanguardismo del complicado y hermoso uso de las viejas tecnologías.

Para la confección de la trama, a sabiendas cargada de grandes narraciones, hemos tenido que acompañar a la palabra dicha de cuestiones hechas, esto es, de conflictos o pequeños juguetes para que todo funcione, y dotar a cada una de un registro distinto; donde aquí pongo una canción, allá pongo una escena; donde aquí unos soldados, allá solo unas lanzas. Esto no es inventado, es decir, de ahora, sino que hemos escarbado en los textos para transformar una carta en un diálogo, un romance en una emboscada, o una canción en un romance. Hemos llamado a la puerta de muchos autores, desde Lope de Vega hasta el famoso *Anónimo* que lo escribió todo, a los cancioneros, a las abuelas, a los músicos, a los artesanos de historias de todos los tiempos y, cuando ya no encontrábamos más engrudo en el bote, nos atrevimos a componer nosotros mismos lo que creíamos sería la obra terminada. A los señores de las tribunas les crecerá la barba y a nosotros los tacones. Ahora bien, hay que ser conscientes de algunos caracteres del texto del siglo XVI, y acá en el XXI obligarnos a ser empáticos, optimistas, generosos, ricos, también ceñudos, serios, versátiles, sorprendentes, divertidos, cómicos, rápidos, ágiles, veraces, saltimbanquis, astutos, inteligentes, y sobre todo ahora: rigurosamente fabulosos.

Borja Rodríguez.

⁹

Como no suele agradarme la costumbre de justificar los trabajos antes de empezarlos en tediosas notas previas – el teatro se explica sobre la marcha, y si no, simplemente es que no se puede-, coloco esta nota al final, por si alguien la lee, bien, y si no la lee, bien también.